

En estos poemas de amor se destacan unas líneas que son preguntas de respuesta casi imposible, pero que revelan una concepción del mundo en limpia compañía.

“¿Recuerdas, amado, que te decía que me enterraras en el jardín junto a las rosas y al naranjo viejo?”

“¿Recuerdas que te pedía una mirilla de luz para ver el mundo y un pequeñísimo resquebrajo en algún lado para sentir el perfume de las flores?”

El lector puede preguntarse: ¿En qué consiste ver lo que ya fue, desde la realidad?

La autora nos conduce suavemente por esos viales que el tiempo no ha conseguido borrar.

He ahí una serie de misterios que se apoyan en la adoración y en la angustia. Sólo el poeta es capaz de anudarlos con sinceridad, con unas palabras que son un profundo temblor.

VICENTE MENGOD

<https://doi.org/10.29393/At448-20LPAC10020>

LIBRO DE POEMAS

De Federico García Lorca

Editorial Ariel, Barcelona, 1982.

Este comentario debe empezar, necesariamente, con una pregunta: ¿qué vigencia puede tener hoy, después de más de medio siglo de su primera publicación, esta obra representativa de Federico García Lorca? Usamos el término representativo, que fue acuñado por Guillermo de Torre para *Libro de Poemas*, pues esta obra no es la primera del poeta. Tres años antes se habían editado sus *Impresiones y Paisajes*, el que en realidad es su primer libro. *Libro de Poemas*, al que el poeta sólo concedió un valor ocasional pues nunca fue reeditado en vida de éste, no ofrece como *Romancero Gitano* o *Poeta en Nueva York*, un aporte definido a la lírica contemporánea, pero sí nos anuncia, en toda su plenitud, el universo que crea la materia poética lorquiana, el camino que va a profundizar en la demostración de un conflicto que, acotado en una estructura que quiere ser popular, exhibe la vitalidad exuberante del poeta chocando una y otra vez contra los lindes dramáticos que la vida le determina.

En *Libro de Poemas* el autor recoge toda su obra inédita hasta 1921, la que resume las vivencias de adolescencia y juventud del poeta. Ahí radica una parte considerable de la trascendencia de la obra. Si bien, como hemos señalado, este poetizar que tiende a unificar las formas últimas novecentistas con las nuevas tendencias que adquiriría la poesía del siglo al advenimiento de las vanguardias y de los *ismos* que proliferan en la época, no es el de mayor entidad del poeta. Sin embargo, Díaz-Plaja, contra la idea de muchos, confiere al libro una importancia capital para el estudio de la formación y del desarrollo poético de García Lorca. El ensayista afirma que esta poesía tiene real gravitación, que va más allá de ser una promesa, que contiene maduros logros y un lirismo del mayor registro.

No cabe duda que Díaz-Plaja acierta en estas afirmaciones, aun cuando, a primeras, aparezcan influidas por el embrujo que la poesía lorquiana despierta en sus críticos. El mismo moderado y conciso Federico de Onís —siempre en nuestro afecto por esa adhesión incondicional a nuestra Gabriela Mistral— es cogido por la descarga de estas fuerzas de la vida y la muerte que se entrechocan en la poesía de García Lorca. Onís nos hacía notar que a pesar de que García Lorca se había mantenido al margen de las vanguardias, la estética de éstas se había metido hasta la médula en su arte fundiéndose con los elementos tradicionales. El crítico consideraba que de esta fusión García Lorca salía moderno y libre a la vez como el más tradicional de los líricos contemporáneos y que de ahí venía el éxito popular del poeta.

Importante resulta, entonces, confirmar cómo en *Libro de Poemas* el poeta cierra su ciclo de formación y se encamina por un sendero que ensancha su órbita poética como lo admitiera en su oportunidad Angel del Río, amigo y confidente de García Lorca. Pero aquí aparece algo curioso. Los investigadores del arte lorquiano no dejan de pronunciarse sobre las *Palabras de Justificación* del poeta escritas a manera de prólogo para este libro. En ellas el lírico hace una confesión y razona sobre el proceso integrador de su poesía: "En estas páginas desordenadas va el reflejo fiel de mi corazón y de mis ansias teñido del matiz que le prestara, al poseerlo, la vida palpitante en torno, recién nacida para mi mirada". Lo singular está en que, al parecer, estas palabras tan citadas y atribuidas al poeta, no las habría escrito él sino el editor del libro, según José Mora Guarnido, otro amigo de juventud del poeta, en su obra *Federico García Lorca y su Mundo*. En él nos dice: "Las *Palabras de Justificación* invocadas como testimonio, ni siquiera las escribió García Lorca; fue el editor García Maroto quien las redactó apuradamente, a último momento, en vista de que Federico no le entregaba el texto prometido, el libro ya estaba paginado y foliado y costaba más rectificar toda la tarea hecha que suplantarlo al autor en unas líneas sin responsabilidad". Es notable como han podido desprenderse juicios importantes para la poesía lorquiana de palabras que el poeta no habría escrito.

Otro motivo de interés para nosotros en la publicación de cualquier obra de García Lorca es la relación del poeta con ciertos momentos de la poesía chilena, la gravitación epocal que ejerce en el comportamiento de algunos autores chilenos que dan a conocer sus obras alrededor de 1940. El influjo que introduce la generación española de 1927 en nuestro país —con seguridad aceptado como un acto de rebeldía contra los grandes maestros locales— es el entroncamiento de los nuevos poetas con las viejas formas españolas, el que se produce, especialmente, a través del neopopularismo lorquiano. Es más: hay un instante en que estos acercamientos fueron notorios al punto que uno de los poetas toma el título para su primer libro del poema "Niña Ahogada en el Pozo" de García Lorca.

Bastaría lo dicho para justificar nuestra curiosidad por esta edición de *Libros de Poemas*, la que lleva unas interesantes notas de Ian Gibson. Pero no por ello debemos dejar de lado lo que la permanente trascendencia de la poesía de García Lorca significa en la poética del idioma. En otra oportunidad dijimos —o repetimos lo que estaba en el ambiente— que hablar sobre la poesía lorquiana, dar una visión de su sustancia, era más que apasionante. Era como pronunciarse sobre las raíces mismas de la hispanidad a

través de una de las más enormes explosiones poéticas que haya contemplado el mundo español desde los tiempos de Lope. No obstante lo polémico que resultan tales juicios, ahora, después de acercarnos de nuevo a sus hálitos primeros, no podemos sino suscribir estas palabras de algunos años y que sólo tenían el irreprimible intento de explorar —como uno más de los que lo han hecho— esa poesía que desborda hacia desvíos de expresiones repentinas, exhalada de la vitalidad más peculiar.

ANTONIO CAMPAÑA

LAS CONSTELACIONES DE LA HISTORIA & OTROS POEMAS

De *Steven White*

Librería y Editorial América del Sur, 1983

La primera impresión de la poesía del poeta norteamericano Steven White es que sigue la gran tradición impuesta a la lírica de habla inglesa por los poetas que surgen alrededor de la segunda preguerra y después de ella. La influencia que mantenían Eliot, Pound y otros autores sobre una poesía sostenida por los impactos sociales, va desmoronándose para dar paso a otra en que se advierten los síntomas que provienen de una incursión por la interioridad del ser, convulsiones que, unidas a las que estaban en boga, producen una materia entretejida que indica un hecho novedoso. Un hecho, por lo demás, bastante pronunciado en gran cantidad de autores, pues a estos remezones son pocos los que pueden escapar. La necesidad de buscarse, de indagar la realidad de ciertos aspectos brumosos de la situación del hombre se hacen indespigables, especialmente después que Dylan Thomas, que si bien arrastra las características del país de Gales, las lleva hacia la radicalidad de estos planos.

Las Constelaciones de la Historia & Otros Poemas, de White, con un prefacio de Vicente Huidobro, nos trae a la memoria estas instancias de la poesía de lengua inglesa y el desconocimiento que tenemos en torno a los jóvenes poetas norteamericanos. No olvido la acogida que tuvieron en nuestro medio algunos comentarios sobre la antología *The New Poets of England and America*, que tenía una introducción de Robert Frost. Tampoco la traducción y el prólogo de Fernando Alegría del poema *Howl*, de Allen Ginsberg, así como su contribución al conocimiento del Grupo de San Francisco. Por otro lado no podemos dejar de mencionar, si de esto estamos hablando, la importancia de la publicación del libro *19 Poetas de Hoy en Estados Unidos*, bajo la selección y prólogo de Miller Williams.

Como dijimos, Steven White, que ha vivido un tiempo entre nosotros, es un heredero afortunado de las corrientes surgidas en su país a partir de la segunda guerra, generaciones importantes como decía Frost, quien les asignaba un lirismo de alto registro y una altura a la que no siempre es posible llegar. White parece confirmar el vaticinio de Frost, pues responde a lo que estas generaciones rescatan para la poesía de este tiempo: el instinto de la naturaleza a través de un valor individual que los acerca a la